

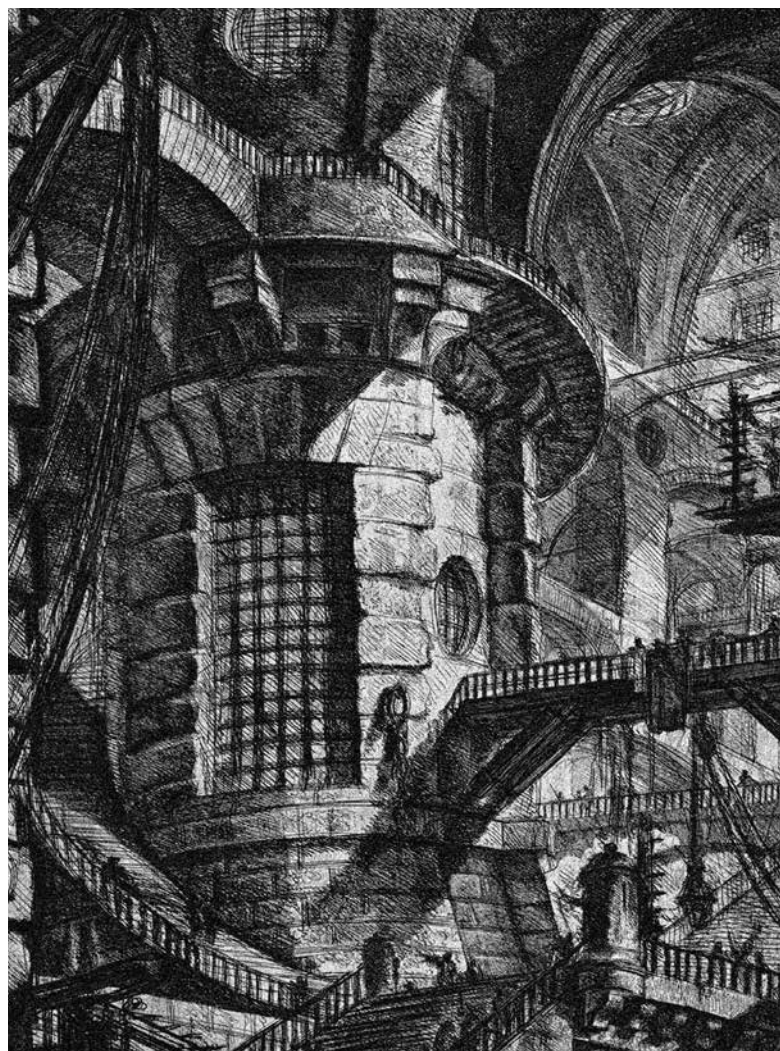
Rousseau también es posmoderno

La torre y el jardín
de Alberto Chimal

Francisco Mercado Noyola

EDITORIAL OCÉANO HA PUBLICADO RECIENTEMENTE *La torre y el jardín*, novela del autor mexiquense Alberto Chimal, quien en voz de uno de sus personajes expresa que una de las escasas bondades de la palabra, y quizá la única, es la de regresar “en lugar de nosotros cuando nos vamos”, la de cumplir lo que a nosotros en vida nos es imposible. Ésta parece ser la única reivindicación del lenguaje y de la civilización contenida en la novela, enunciada por la Isabel García, personaje fundamental que administra, sin afanoso lucro, El Brincadero. Este establecimiento de giro sexual y artificiosa perversión, visto desde fuera por los transeúntes, aparenta ser un edificio anodino que esconde su naturaleza sórdida tanto como la posesión de un tesoro inimaginable: un principio edénico que se contrapone a la exquisitez retorcida de la civilización que lo envuelve.

Alberto Chimal ha sido considerado por la crítica un autor excéntrico que ha buscado alejarse de los temas recurrentes de la tradición narrativa mexicana. Se dice que su obra podría insertarse en los géneros de la literatura fantástica y de la ciencia ficción. Se trata también



Ilustraciones: *Carceri d'Invenzione*,
Giovanni Battista Piranesi, 1745

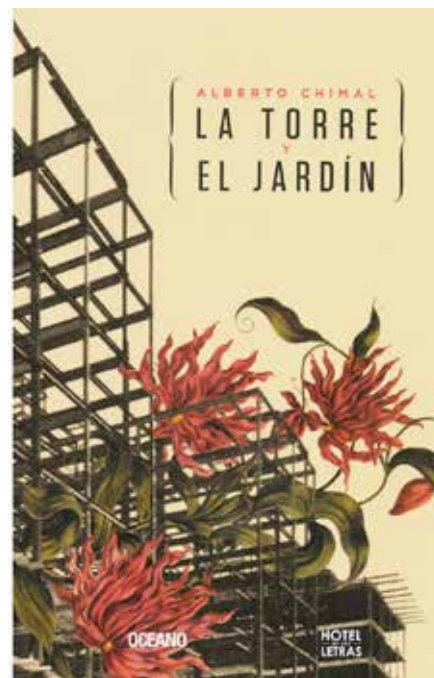


de un autor que pareciera colocarse constantemente en la posición de su lector. En algunas ocasiones ha dejado ver su interés por los espacios vacíos, esos lugares de indeterminación que la narrativa deja a propósito para convertir al lector en creador de la obra literaria. Piensa en éste como en un esteta cuya mentalidad y predisposición a la literatura se encuentran en constante evolución. De ahí quizá su proyecto de multiplicidad de voces narrativas en *La torre y el jardín*, cuya alternancia requiere del compromiso intelectual del receptor de la obra. La voz de Zhenya, caótica y omnisciente en fondo y forma, arbitraria como el azar, constituye una síntesis del flujo vital y pone de manifiesto la percepción sesgada de la realidad por parte de los personajes. Ésta se opone al conocimiento por revelación que ofrece el uso constante de un narrador omnisciente. Este último, que se alterna con la otra voz, permite fluir libremente el diálogo entre los personajes. Isabel, fundamental, se erige también como una voz narrativa independiente, que enuncia un discurso tangencial pero insoslayable dentro de la novela. De esta manera, el relato ofrece un desafío a las facultades interpretativas del lector desde su sola enunciación.

El Brincadero, empresa erótica, es un edificio vivo donde hombres y mujeres acuden a desencadenar sus más perversas y sofisticadas parafilias; y donde son muy diversas especies animales el vehículo de satisfacción. Tanto sus espacios físicos como sus moradores entretejen una compleja red de simbolismos que se corresponden y asignan significado a los objetos representados. Algunas interpretaciones podrían sugerirse. El Ojo de las escaleras podría ser Dios justiciero, ciencia del bien y el mal, confrontación de los personajes consigo mismos, clarividente espejo del juicio implacable. El edificio, en su accionar casi orgánico, quizá represente la insubordinación inexorable del azar. Los versos en sus pisos y su elevador fuera de control quizá se asemejen a la libertad del discurso poético, el lirismo y subjetividad del libre discurrir del espíritu, de la fluctuación de las emociones. Opuesta a ésta, se encontraría la racionalidad científica de la narrativa, hija de la civilización y el tiempo, respuesta a la necesidad de explicar los hechos inconexos de la existencia mediante narraciones, mitos fundacionales de las sociedades.

Los personajes en la novela son símbolos de diversas objetividades. Encarnan voluntades de narrar el combate dialéctico de los poderes en pugna, que podrían explicarse con ciertas analogías. Horacio Kustos, celoso custodio de las maravillas del mundo, es testarudo gambusino de la novedad, en un globo terráqueo donde todos los mapas han sido trazados, y la geografía es ya una ciencia secularmente agotada. Muestra cómo

el hombre moderno quema en aras de su confort su facultad de curiosidad e invención; animal doméstico, mero usuario del conocimiento que sus ancestros generaron a riesgo de su propia vida. Francisco Molinar quizá lleve en sí el eterno conflicto: burdo proctólogo; hombre ventrudo, práctico y pedestre, cuya memoria sensitiva inocula el germen de la locura, mantiene un resquicio abierto de la percepción. Encarna la lucha del niño contra el adulto, de la emoción contra la razón. Cierta episodio de su infancia lo coloca en la postura de vulnerabilidad absoluta que es inherente al lector que goza de la experiencia estética en toda su amplitud; naturaleza noble y feraz del que ignora, del *bon sauvage* rousseauiano. Isabel es mujer y sabiduría orgánica, principio telúrico, sostén de naturaleza y sociedad que se nutre de la fuerza que mana del Jardín, de las enseñanzas de su padre y del enigmático Libro Azul. Don Cruz, arquitecto y fecundador, es Dionisos desnudo, que lúbrico y lúdico, juega con su creación, “Zhenya maravillosa”. Don Constantino es apolínea superficie, constructo cultural del *self-made man* del siglo xx. Se trata de una falsa cúspide de la civilización; poderoso, pragmático y socialmente indispensable, como el dinero y la astucia que se requiere para cultivarlo. ¿Apóstata o taumaturgo de la naturaleza? Lo cierto es que atenta contra su bien más precioso, la infancia; y no posee más descendencia que un hijo adoptivo —Constantino el joven— inconsistente, pusilánime y acomodaticio, receptor pasivo del fascismo ciego de su mujer, Edith Barba. Ésta se erige como un personaje oscuro que desea poner en práctica un proyecto de animales mecánicos de un poder destructivo sin precedentes, guiño de la novela —quizá el más evidente— de sus vínculos con la ciencia ficción. Naturaleza contraparte de esta última es la noble Nata, guía de Kustos y Molinar en su búsqueda del Jardín. Esta rolliza mujer eslava, rescatada de la trata de blancas por Isabel, parece evocar a Claudia Chauchat y a Pribislav Hippe de *La montaña mágica*, personajes en cuyos ojos diáfanos y oblicuos Thomas



Alberto Chimal
La torre y el jardín
 México, Océano, 2012, 424 pp.

Mann deposita una suerte de bonhomía inherente a las razas de Europa Oriental.

Alberto Chimal parece confirmar en *La torre y el jardín* que Rousseau también es posmoderno, y señala asimismo en su novela las flaquezas del lenguaje, constructo indispensable de la civilización —que para quienes hacemos de él nuestro instrumento de trabajo— es prodigio irrenunciable que posee la capacidad de sucedernos en el tiempo. Civilización y barbarie continúan pugnando sin armisticio y sin implicaciones morales en la narrativa occidental. Y si dejamos de lado algunas llamadas de Isabel al capo de capos para conservar su protección, fuera de algunos sicarios con metralletas y la aparición de miembros humanos en las cajuelas de sus autos, de algunos políticos corruptos en bacanales con sus cortes prodigiosas, el color local se difumina para dejar lugar a una narrativa que con toda naturalidad, y sin programas artificialmente antinacionalistas, Chimal va entretejiendo, erigiéndose en un narrador mexicano cuya obra podría colocarse en cualquier latitud del planeta. ■